

beis (le dijo con el mayor descaro) concederme el primero, porque soy natural de aquella diócesis; y el segundo, porque desea el rey que se me dé (1). A lo que respondió Pio II con esta sequedad lacónica: «Nosotros no acostumbramos dividir un pastor entre dos iglesias. No conseguireis lo que pedis. Sin embargo, le dió á escoger entre el obispado de donde era natural y el de Albi. El cardenal avaro eligió esta última Silla, porque era la mas rica, y fué llamado despues cardenal de Albi.

Por más interés que tomase el Papa en las cosas de Francia, no dejaba de promover con todo ardor la liga de los cristianos contra los turcos; y las nuevas conquistas de Mahomet que de dia en dia llegaban á su noticia, solo servian de inflamar su valor en vez de abatirle. En medio de sus desavenencias con Francia en el año 1461 supo que los infieles se habian apoderado de Trebisonda, de Sinope, de otras muchas ciudades considerables y de provincias enteras en las cercanías del mar Negro (2). Esta es la época de la ruina de aquel imperio, á los doscientos cincuenta y siete años de haberle establecido los Comnenos, y de haberse apoderado de Constantinopla los latinos. David Comneno, último emperador de Trebisonda, perdió la vida juntamente con sus hijos, no obstante que uno de ellos habia abrazado el mahometismo. Habiéndose negado José, patriarca de Constantinopla, á anular el matrimonio legítimo de uno de los principales personajes de aquel imperio, al cual queria casar Mahomet con la viuda del príncipe de Atenas, le quitó el sultan el patriarcado, y mandó que le rasurasen la barba; lo que entre los orientales se miraba como una infamia. Aquella nacion vil, á quien el gran señor dejaba una libertad absoluta para

(1) Gohel. l. 12, p. 343.

(2) Chalcond. l. 9; Krautz. l. 3, c. 17.

su patriarca, esclavizó por sí misma á su iglesia despues de este suceso, dando voluntariamente mil escudos de oro para la eleccion inmediata. De este modo empezó el tributo, á que se dió en lo sucesivo el nombre de pesqueria, y que fué en aumento de año en año, segun la voluntad del gran señor.

En el año 1462 se apoderó Mahomet II de la isla de Metelin, llamada antiguamente Lesbos, y faltando á su palabra este cruel sultan, quitó la vida al príncipe de ella Domingo Catalucio, originario de Génova (1). Desde el principio de la campaña siguiente se señaló el bárbaro con nuevas conquistas y con nuevas atrocidades. Habiéndose apoderado de la capital y de todo el reino de Bosnia, hizo que desollasen vivo á su quinto y último rey, llamado Esteban; pero tuvo la vergüenza de perder muy en breve aquella capital, llamada Jayeza. Habiendo pasado á descargar su furor en otra parte, despues de su primer triunfo, puso sitio á Jayeza el digno hijo de Huniades, Matias, rey de Hungría, y la estrechó tan fuertemente, que fué conquistada con veinte y siete aldeas inmediatas á ella, antes que volviese el sultan feroz, y le arrebató asi la presa, que por decirlo asi, estaba tendida en el suelo, y antes que el monstruo tuviese tiempo para devorarla (1465).

Esta afrenta le llenó de desesperacion. Volvió con sus tropas, cercó la plaza, é hizo esfuerzos increíbles para entrar otra vez en ella; pero el valor de los sitiados, hombres, mugeres y niños, y la continuacion de sus trabajos de dia y de noche, dieron tiempo para que llegase un nuevo ejército de Hungría. Sorprendido el turco, y viéndose casi sitiado, tuvo por gran fortuna el escapar, favorecido de las tinieblas de la noche, despues de haber echado en el rio su artillería y los efectos de campaña mas dificil-

(1) Chalcond. l. 9; Bónif. 3, dec. 10.

les de trasportarse. Por otra parte Scanderberg frustraba todas las tentativas del sultan contra la Albania. Habiendo entrado en ella tres generales turcos, con esa multitud innumerable de bárbaros que componian siempre el ejército de esta nacion, fueron derrotados sucesivamente, y tuvieron que abandonar la empresa. Lejos de darse por ofendido Mahomet, escribió al héroe en términos de aprecio y admiracion, le reconoció por rey de Albania, é hizo con él una paz que por cierto tiempo fué bastante bien observada. Dícese que admirado el sultan de la fuerza que aquel rayo de la guerra mostraba en los combates, donde de un sablazo partia á un hombre por medio del cuerpo, ó derribaba la cabeza de un caballo, y atribuyendo estos asombrosos efectos al temple de las armas del albanés, envió á pedirle su sable. Regalósele Scanderberg, hizo el turco la prueba en un animal, y no habiéndole salido bien, manifestó su sorpresa al héroe, el cual le dió esta respuesta: «Es verdad que os he enviado la mejor arma que tenia; pero ha quedado aqui mi brazo.»

Entretanto, previendo el Sumo Pontífice que Mahomet habia de oprimir tarde ó temprano á todos sus vecinos, y que si hacia paces el turco artificioso era solamente para espiar el momento de volver á empezar la guerra con mayor ventaja, tomó la resolucion de embarcarse, á pesar de su quebrantada salud, y de mandar en persona la expedicion para animar á todos y no dejar ningun pretexto á los que pretendian escusarse. El dia 23 de octubre del año 1463 tuvo consistorio pleno en el que fijó su salida para el 15 de junio del año siguiente, y dirigió el decreto á todos los prelados, príncipes y pueblos de la Religion cristiana, invitándoles á unirse con él para librar á la fé del naufragio que la amenazaba. Salíó efectivamente en el tiempo señalado y llegó poco despues á Ancona, donde debian em-

barcarse las tropas. Estando próximo á verse en estos peligros, y mas próximo todavía á comparecer ante el tribunal de Dios, aunque él no creía que esta hora estuviese tan cerca, retractó como un monumento escandaloso las actas que en otro tiempo habia escrito de la asamblea de Basilea. Soy hombre (dice) y he tenido flaquezas como hombre; he pecado como Pablo, por seduccion y por ignorancia, y retracto, como Agustín, los errores en que he incurrido. Os advertimos, pues, carísimos hermanos nuestros, y os rogamos en el Señor, que no os dejeis llevar de los escritos en que de todos modos ofendimos la autoridad de la Silla Apostólica. Todo lo que leais contra la doctrina de la Santa Iglesia romana, ya sea en nuestros diálogos, en nuestras cartas, ó en los demas opúsculos nuestros, desechadlo, aborrecédo, y seguid lo que os decimos ahora; dad mas crédito á un anciano experimentado que á las ligerezas de un jóven; oid mas bien á un Sumo Pontífice que á un simple particular; recusad á Eneas Piccolomini, y recibid á Pio II.

Quando llegó el Papa al lugar donde debia embarcarse, halló mucha mas gente que la que habia esperado. El espectáculo singular de un Sumo Pontífice, mandando en persona la cruzada, habia atraído al pueblo sencillo de las cuatro partes de Europa; pero sin orden, sin provisiones, sin dinero y casi sin armas. El cardenal de Pavia dice que los del centro de Alemania hicieron el viage mendigando (1). No tuvo dificultad Pio II, el cual juzgaba con solidez y exactitud, en conocer que se veia comprometido, y á pesar de su grande entusiasmo por aquella empresa, se arrepintió de haber pasado tan adelante. Nunca vino la muerte mas á tiempo, digámoslo asi, que cuando entonces se presentó para sacar de es-

(1) Pap. Comm. t. 1, epis. 41.

tos apuró al Papa. Cayó enfermo en semejantes circunstancias, y á los pocos dias se persuadió de que estaba cerca su última hora. Pidió los Sacramentos, y como habia recibido ya la Estremauncion cuando fué acometido de la peste en la asamblea de Basilea, fueron de dictámen algunos teólogos que no se le debía administrar, porque creian que no podía recibirse dos veces. No ignoraba el Papa que se habia sostenido esta opinion en el siglo doce; pero sabia tambien que tuvo pocos partidarios. No quiso, pues, seguirla; mandó que le administrasen aquel Sacramento con el de la Eucaristía, y murió en paz á 16 de agosto de 1464. El cardenal de Pavía hace en pocas palabras y con estilo muy sencillo un grande y bien merecido elogio de este Papa. «Pio II, dice (1), fué un Sumo Pontífice lleno de virtudes y recomendable por su celo en favor de la Religion, por la integridad de sus costumbres, por su juicio recto y sólido, y por su profunda erudicion.»

Por el mismo tiempo murió felizmente en una edad avanzada Santa Catalina de Boloña, llamada así por razon del lugar de su nacimiento (2). En 1402, siendo de edad de once años, la pusieron al lado de la princesa Margarita de Est, hija del marqués de Ferrara; pero aquella alma pura huyó muy pronto del aire contagioso de la corte, se retiró al convento de las religiosas de Santa Clara, y abrazó su instituto. Como sus talentos y virtudes se manifestaban á pesar de todos los velos con que procuraba ocultarlos su modestia, la pidieron los magistrados de Boloña por superiora del monasterio que querian fundar. Pasó á él en efecto, y cuidó mas de la regularidad que de los tra-

(1) *Epist.* 46.(2) *Baill. t. 1, ad 9. Mart.*

bajos exteriores, bien que tuvo el consuelo de verlos concluidos antes de morir. Supo sin embargo hallar tiempo para escribir obras espirituales, no solo en lengua vulgar, sino tambien en latin, cuyo uso la era muy familiar. La mas importante de todas es el tratado de las armas necesarias para el combate espiritual. En medio de tantas ocupaciones gozaba continuamente de los mas intimos coloquios con Dios. Sus virtudes, confirmadas con milagros, la merecieron ser colocada en el número de los bienaventurados por Clemente VII, y luego en 1712 la canonizó Clemente XI.

Conforme á las intenciones del Papa difunto, volvieron los cardenales á Roma para la eleccion de su sucesor. Entraron en cónclave doce dias despues del fallecimiento de Pio II, y al cabo de tres dias, en 31 de agosto, eligieron á Pedro Barbo, veneciano, cardenal del titulo de San Marcos. Quiso tomar el nombre de Formoso, que significa hermoso, porque en efecto era bella persona; pero le espusieron los cardenales que tal vez se tendria esto por vanidad, y así tomó el nombre de Paulo II. Era por línea materna sobrino de Eugenio IV, que le habia creado cardenal; gustaba de la magnificencia, y se preciaba de hacer todas las cosas con dignidad. Le hicieron jurar que observaria las leyes establecidas por los cardenales en el cónclave, las que se reducian principalmente á que se continuaria la guerra contra los turcos, que se restableceria la antigua disciplina en la curia pontificia, que se congregaria dentro de tres años un concilio ecuménico, que no habia de pasar de veinticuatro el número de los cardenales, que no habria entre ellos mas que un pariente del Papa, y que éste no daria á ninguno de los suyos el mando del ejército de la Iglesia. Pero sucedió con estas leyes lo mismo que con otras muchas hechas igualmente en los cónclaves; pues

se persuadió al Papa que siendo contrarias á su dignidad suprema, no podian obligarle, y que era propio y peculiar del Sumo Pontífice el poder legislativo en la Iglesia. Por consiguiente, hizo nuevas leyes para sustituir las en lugar de las primeras, y las firmaron todos los cardenales; solo el cardenal de Caryajal lo resistió constantemente. «Hasta ahora (dijo) no tengo que avergonzarme de haber variado de dictámen ni una sola vez contra mi conciencia, y no iré ahora á variar á los setenta años.» La firmeza de este prelado fué causa de que el Papa encerrase aquellas leyes en su gabinete sin mostrarlas jamás ni permitir que se sacase copia de ellas.

Paulo II, que era naturalmente franco y gustaba de ser querido, se esforzó á grangearse el afecto de los cardenales condecorando su dignidad con nuevos adornos, favor que en su concepto era digno del mas alto aprecio. Restableció para sí el uso de la tiara ó triple corona, olvidada habia ya siglos enteros, y mandó hacer una nueva que costó ciento y veinte mil libras tornesas (como unos cuatrocientos ochenta mil reales vellon). A los cardenales les concedió el privilegio esclusivo de usar mitra de seda encarnada, semejante á la que usaba anteriormente el Papa, y les dió tambien, no el capelo que les habia concedido Inocencio IV en el concilio de Lyon, sino la birreta encarnada que empezaron á usar en los consistorios, en lugar del capelo. En fin, quiso tambien el Papa que en las cabalgatas públicas saliesen sus caballerías con gualdrapas de púrpura. Sin embargo, pensando en lo que generalmente agrada mas que la brillantez y el aparato, señaló una pension mensual de cien escudos de oro á los cardenales, á quienes sus beneficios no produjesen cuatro mil escudos al año (1).

(1) *Pap. Comm. l. 2.*

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

Despues de haber establecido su autoridad por estos medios, atendió Paulo á la guerra contra los turcos, que era el único artículo en que quiso ocuparse de entre todos los que prematuramente se habian decretado en el cónclave.

Entretanto los asuntos de Bohemia ocuparon los primeros momentos de su Pontificado. No habia tardado mucho tiempo Pio II en conocer las ficciones y artificios de Pogebrac, y teniendo sospechas muy fundadas de su mala fé, le habia mandado comparecer en el término de ciento y ochenta dias. Habiendo muerto Pio en este intervalo se vió precisado su sucesor á continuar la causa; y aunque al principio suspendió los procedimientos á instancias del emperador Federico, lejos de mostrarse agradecido á la indulgencia del Papa el herege disimulado, usó de unos artificios que no permitieron al Sumo Pontífice mostrarse indiferente por mas tiempo. Habia en Bohemia un caballero llamado Stenzon, recomendable por mil excelentes cualidades, y en particular por su adhesion inviolable á la religion de sus padres, á la cual protegía con todo su poder. Fué acusado ante el rey de unos delitos tan graves como inverosímiles. Pogebrac creyó ó fingió creer la calumnia; le despojó de todos sus bienes, y queriendo apoderarse tambien de su persona, le sitió en Aráste, que era la única plaza que le quedaba. Se escapó de noche Stenzon, y fué á quejarse en persona al Sumo Pontífice. No dejó su opresor de escribir á Roma, acumulando calumnias sobre calumnias, pidiendo un legado para que informase, y haciendo ofertas pomposas en cuanto á la reduccion de Bohemia á la Religion católica. Se descubria la falacia por tantas partes, que no fué posible sorprender al Papa, el cual envió un legado; pero quiso que antes de toda negociacion quedasen las cosas en el estado en que antes se hallaban y se les

vantase el sitio de Araste. Al contrario, Pogebrac estrechó la plaza con mayor actividad, y con un empeño tan obstinado que al cabo de un año de sitio tuvo que entregarse á discrecion.

Despues de haber citado todavia el Papa inútilmentè á Pogebrac, y comunicado á los principes del imperio las razones que le obligaban á usar de severidad, le declaró convicto de perjurio, de sacrilegio y de herejia, y como tal, excomulgado, privado del reino de Bohemia y de todo honor; dispensados de toda obediencia sus súbditos, y todos sus hijos y descendientes incapaces de toda dignidad (1465). Casimiro, rey de Polonia, á quien se ofreció la corona de Bohemia, no quiso admitir un obsequio tan peligroso. Pero el rey de Hungría, aunque era yerno de Pogebrac, se mostró menos tímido. Entró en Moravia con un buen ejército, y allí fué proclamado rey de Bohemia: lo que obligó á Pogebrac á desheredar á su propio hijo. Viendo la imposibilidad de transmitirle su corona, llamó á los polacos, é hizo que fuese reconocido por sucesor Ladislao, hijo del rey Casimiro. Estas dos elecciones sumergieron de nuevo á la Bohemia en un abismo de calamidades, cuyo fin no vió Pogebrac, pues murió lleno de pesar y sentimiento en medio de estas turbulencias y desórdenes. Roquesana, autor de todos sus males y de su impiedad, fué acometido al mismo tiempo de una parálisis repentina, que por justos juicios de Dios le privó del uso de la lengua, que habia empleado únicamente en la seducción. Estuvo padeciendo algun tiempo, y murió despreciado, quince dias antes que el rey su protector, en el año 1471.

No esperó Paulo II la decision de los asuntos de Bohemia para proceder contra los turcos. Convencido de que el pérfido sultan andaba espiondo el momento de oprimir á Scanderberg á pesar de la paz conclui-

da y bastante bien observada hasta entonces entre aquellos famosos vecinos, movió al rey de Albania á anticiparse á los siniestros designios del mahometano (1). Scanderberg empezó inmediatamente las hostilidades, con la esperanza de los socorros que se le prometian. Enfurecido Mahomet pasó á Albania mandando su ejército, y puso sitio á la ciudad de Croya, capital del reino, antes que pudiese recibir ningun socorro. Sin embargo de esto, no pudo sorprenderla, y dando lugar á la reflexion el primer movimiento de la ira, solo pensó en las cualidades del héroe con quien iba á medir sus fuerzas, y volvió á tomar el camino de Constantinopla, dejando su ejército delante de Croya, al mando de sus mejores generales. Llegó á verse tan apurado Scanderberg, que corrió la voz en Occidente de que habia perdido su reino y se hallaba reducido al estado de fugitivo. Pero no habia vuelto la espalda el leon de Albania, pues solo desapareció (porque efectivamente desapareció) para abalanzarse á la presa con un ímpetu mas terrible. Habia pasado á Roma, donde fué recibido como el ángel del Dios de los ejércitos, y espuso que con sus fuerzas solas no podia ya detener el torrente que amenazaba á todo el mundo cristiano; que sus tropas estaban aniquiladas con sus propias victorias, y que los pocos soldados que le quedaban, no tenían ya en su cuerpo parte alguna donde poder recibir nuevas heridas, ni mas sangre que derramar en defensa de la Religion. Se le dió dinero y municiones; los venecianos y varios Estados de Italia, con todos los principes rayanos de los albaneses, impelidos de las exhortaciones pontificias, se habian puesto en movimiento y se reunieron á dos leguas de Croya, y se formó un ejército de veinticinco mil hombres.

Con menos tenia bastante un héroe acos-

(1) Pap. epist. 163.

tumbrado á desbaratar los innumerables batallones de los infieles con diez ó doce mil, ó cuando mas, con quince mil combatientes. Ofendido personalmente el viejo Balaban, á quien Scanderberg llamaba la *vieja* porque no tenia barba, mandaba el sitio de Croya. Este general turco, que desde la clase de soldado raso habia llegado al puesto que obtenia, pasando por todos los grados de la milicia, estaba dotado de una capacidad igual á su mucho valor. Aunque Scanderberg le habia derrotado muchas veces, no tuvo por conveniente emplear desde luego sus nuevas y visonias tropas contra aquel viejo astuto. Sabiendo que á pesar de cinco meses de continuos ataques, estaba todavia muy distante la ciudad de caer en manos del enemigo, fué á buscar á Jonima, que llevaba á su hermano Balaban un refuerzo de veinte mil caballos. Esta tentativa fué una victoria completa, de cuyas resultas temió Balaban verse acometido muy en breve con todas las fuerzas del vencedor. Por tanto quiso apoderarse inmediatamente de la plaza, dió un asalto y se hizo matar. En vano su ejército medio derrotado se lisongeó de evitar su ruina total, retirándose de noche, porque habiéndole buscado Scanderberg, completó la derrota, y casi todos los enemigos perecieron, bien al filo de la espada, bien de miseria. Pero no gozó mucho tiempo de sus triunfos el azote de los infieles.

Poco despues cayó enfermo en Lisa, ciudad de Albania, y muy en breve se agravó su mal hasta llegar al último extremo. En estos postreros instantes manifestó Scanderberg todos los grandes sentimientos de fé y de piedad que habia conservado inviolablemente desde que el Señor le sacó de las tinieblas del mahometismo. Habia aborrecido con particularidad los vicios vergonzosos que constituyen la dicha en esta religion voluptuosa y enteramente carnal; y en me-

dio del tumulto de las armas procuraba conservar, y conservó en efecto entre sus soldados, todos jóvenes y solteros, unas costumbres tan admirables como las hazañas que fueron principalmente los frutos de esta disciplina cristiana. Hallándose ya sumamente postrado, recibió la noticia de que habian entrado en sus Estados quince mil turcos; entonces su grande alma recobró toda su energía; dió las órdenes convenientes, inspiró á sus oficiales el valor de que él estaba animado, mandó que saliese á campaña el pequeño ejército que tenia siempre pronto; fueron derrotados los turcos, y tuvo el consuelo de morir victorioso (1467). Les habia ganado veintidos batallas en los tiempos mas felices del imperio turco, y muchas de ellas contra el mas formidable de sus sultanes. Serian increíbles estos prodigios, si no conviniesen en ellos todos los autores contemporáneos. Es verdad que estos escritores varían en el orden y en algunas circunstancias de los hechos, pero no puede darse mayor uniformidad acerca de lo sustancial y prodigioso de las hazañas que hemos elegido entre otras infinitas menos uniformemente acreditadas. Cuando supo Mahomet la muerte de aquel segundo Macabeo, se olvidó de todo decoro y circunspeccion, y exclamó saltando de gozo: ¿quién me impedirá ahora esterminar á los cristianos, puesto que han perdido su espada y su escudo? En efecto, conquistó muy pronto la Albania, habiéndose entregado casi sin resistencia la ciudad de Croya, famosa por haber rechazado tantos asaltos. Despues tomaron los turcos á Lisa, desenterraron los huesos de Scanderberg, á los cuales tributaron una especie de culto, los repartieron entre sí, y engastaron en oro y plata sus menores partículas para llevarlos á los combates, donde se persuadian que habian de ser invencibles con las reliquias de aquel héroe. Su hijo, Juan Castrioto, que era todavia